



GUIAS LITERARIAS DE LA SEMANA SANTA

LA iniciación de la Cuaresma abrió ante nuestros ojos una perspectiva de oración y de meditación, una perspectiva que se va haciendo más apremiante y precisa conforme nos acercamos a los días sagrados de la Gran Semana. «Ya llega tu día, el día en que todo reflorece», cantamos durante este tiempo. Todo va a reflorecer, y nosotros buscamos también nuestro refloreamiento. La savia empieza a renovar los vasos misteriosos de las plantas, cubre las raíces la tierra y se hace la adherencia más íntima, más vital. Pero la Naturaleza no se apresura: trabaja en silencio, lentamente, con una quietud que exaspera a los espíritus impacientes, que desearían verla cuanto antes vestida de todo su esplendor.

La vida del alma necesita también de este trabajo silencioso, de esta escondida adherencia a la fuente de toda vida. Por eso toda la liturgia de estas semanas cuaresmales, y especialmente de la Semana Santa, tiende a concentrar e intensificar esa fuerza vital, que en eso se parece a los vinos añejos. Es la única manera de despertar en nuestra alma el gozoso vigor de la primavera espiritual. En la meditación echarán sus raíces la Fe y el Amor; después romperá al aire libre la savia en un brote inescrutable, y podremos decir con verdad lo del himno: «Nuevos por el perdón, cantaremos un cántico nuevo».

Esta vivencia íntima, este programa de reflexión religiosa, nos le ofrecen en primer lugar los textos de la liturgia de estos días, la más rica, la más patética, la más instructiva de todo el año. Se trata de vivir en unión con Cristo durante los últimos días de su vida, y en cada uno de los incidentes de su Pasión. Es la mejor manera de santificar el tiempo, de sacar el fruto de las enseñanzas y llamamientos más tiernos que hallamos en el Evangelio, de prepararnos a gozar de la alegría de la Resurrección. Para eso ha organizado la Iglesia esos oficios impresionantes, que van desde el Domingo de Ramos hasta el Domingo de Resurrección. Son como los diversos actos de un drama, que va desarrollándose día tras día, como la representación de los últimos sucesos de la vida de Cristo. Cristo está con nosotros, y nosotros formamos parte de su cortejo. Le seguimos desde Betania a Jerusalén, subimos con El al monte de los Olivos, asistimos a sus últimos altercados con los fariseos en las galerías del templo, entramos con El en el Cenáculo, recibimos el pan del Nuevo Testamento que El nos reparte, le seguimos de tribunal en tribunal por las calles de Jerusalén hasta la cima del Calvario; hasta el huerto de Gethsemaní, y luego otra vez hasta el Cenáculo, donde, ya glorioso, nos da el beso de la paz.

Ved aquí por qué nuestro mejor libro durante estos días es el que os haga seguir todos esos oficios llenos

de unción y de belleza. No podéis encontrar fórmulas más hermosas para meditar, para rezar, para llorar, para dar gracias, para expresar nuestro arrepentimiento. Allí tenéis el relato de la Pasión por los cuatro Evangelistas, y frente a él los textos del Antiguo Testamento, en que estaba anunciado todo lo que iba a suceder; allí los Trensos insuperables en que Jeremías llora la Gran Tragedia; allí las exclamaciones desgarradoras de los Improperios, palabras íntimas que Cristo nos dirige desde lo alto de la cruz; allí los vaticinios de David y de Isaías describiendo el varón de dolores y poniendo en su boca las exclamaciones más conmovedoras. Son palabras ricas de vida y de gracia, que despiertan el amor, el dolor, la fe, la gratitud, y que ponen nuestra alma en la atmósfera espiritual, que hará que no resbalen superficialmente estos misterios sobre nuestra vida anual.

Y si os parece que estas palabras del Breviario y del Misal, y esos ritos y esas ceremonias son demasiado sabidas o demasiado profundas, o acaso incompletas, tenéis bellos libros compuestos para iluminarlas, para explicarlas, para ampliarlas. Tenéis el volumen dedicado a la Semana Santa en el Año Litúrgico, de Don Guirandez, obra clásica de estas materias, donde se encuentran toda serie de comentarios ascéticos, místicos, históricos y arqueológicos. Tenéis otra obra semejante, pero más breve, y acaso más íntima, más luminosa: la obra del liturgista austriaco Pins Parsdi (Año de salud); y si preferís un libro más reciente y de un carácter exclusivamente espiritual, de una teología profunda y de un suave acento poético, podéis acudir a las «Meditaciones litúrgicas», del P. Baur, que están destinadas a despertar el anhelo de la vida interior en muchas almas.

Son innumerables los libros históricos, teológicos y ascéticos que se han escrito sobre este tema inagotable de la piedad cristiana. Los hombres de la Edad Media leían, sobre todo, las meditaciones sobre la Pasión, de San Buenaventura, que fueron fuente de inspiración para los artistas de la época gótica. Isabel la Católica y sus contemporáneos encendían su devoción en «La pasión de Cristo» del Cartujano, que apareció traducida al castellano poco después de introducirse la imprenta en España; un siglo más tarde, salió una obra clásica, que sigue nutriendo todavía el fervor de muchos cristianos: «Las Meditaciones sobre la Pasión», del P. Luis de Palma, donde al primor del estilo se junta la precisión exegética, la riqueza de doctrina, la vida, el calor. De ayer casi es «La historia de la Pasión», de Miguel Mir; pero el mejor libro es el primero: el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL.